**EL GRAN MUFLIER**

Andrea Incera Terán

**Personajes**

**Narrador**

El hombre del bombín

**Protagonistas**

Mario Benedetti

Adolfo Bécquer

Josefina de la Torre

Pablo Neruda

Ernestina de Champourcín

**Extras**

Hombre 1.

Hombre 2.

Mujer 3.

Letrero de “*Café El Gran Muflier*”, una luz lo enfoca. Se apaga y se enciende, da vueltas alrededor del cartel. Aparece un hombre por la izquierda, se sitúa en la parte derecha. Su traje y su bombín están confeccionados a finales del siglo XIX. Suena música de revista.

**Hombre del bombín.-** Damas y caballeros que anhelasteis viajar por el Cosmos para conocer mundos mejores que éste; niños y niñas que soñasteis con alcanzar las esferas más inusitadas en este universo; muchachos y muchachas que llorasteis por surcar los mares de todo el planeta… ¿Sabíais que todos esos lugares los tuvisteis en vuestra mano? ¡Teníais las bibliotecas llenas de tierras lejanas en las que nunca habíais estado! ¡Teníais la imaginación y nunca la usasteis! La desidia os embaucó. Y renunciasteis. ¡Cuán agridulce vorágine de incuria que os impidió leer tan siquiera un verso!

La cámara se adentra en el café. En aquel lugar huele a rancio, a pasteles recién hechos y a café calentito. Un viejo lee el periódico sentado en una de las tres mesas que hay mientras fuma una pipa. Una mujer toma café mientras escribe con una pluma en la mesa adyacente. Dos hombres conversan entre risas en la mesa que se encuentra en primera línea. Un joven camarero se encuentra limpiando la barra, mientras entona una canción de amor, de ésas que ya no existen.

**Camarero.-** «Alguna vez la encuentro por el mundo, / y pasa junto a mí, sonriéndose, y yo digo: / ¿cómo puede reír? / Luego asoma a mi labio otra sonrisa, / máscara del dolor, / y entonces pienso: ¿acaso ella se ríe, / como me río yo?».

Mientras canta, entra una anciana bien vestida y con cara de alivio. Se sienta en la barra. Mira por unos segundos las vitrinas donde hay numerosos muffins, crêpes y pasteles y levanta la cabeza.

**Camarero.-** ¿Un muffin de chocolate, tal vez?

**Mujer.-** *(niega con la cabeza)* Un whiskey.

**Camarero.-** ¡Marchando, para la señorita!

**Viejo.-** ¿Tan temprano por la mañana, querida?

**Mujer.-** ¡Mario! Qué grata sorpresa.

El viejo se levanta y se dirige hacia ella. Se estrechan la mano y se dan dos besos. El camarero sonríe.

**Mario.-** Veo que está tan linda como siempre, Josefina.

**Camarero.-** ¡Usted es Josefina! Qué fuerte. Ya decía que su cara me sonaba. ¡Me tiene que autografiar *Versos y estampas*!

**Josefina.-** *(Asiente con la cabeza. Arquea las cejas.)* ¿Y ese whiskey?

**Camarero.-** ¡Enseguida, enseguida!

**Mario.**- No lo apresure al chaval, que se nos angustia.

**Josefina.-** *(Tono irónico)* Pobre.

**Mario.-** Mire, por ahí vienen Pablo y Ernestina. ¡Pareja! Vénganse por aquí. Hay alguien a quien me gustaría presentarles.

**Ernestina.**- Por mi parte, creo que no hace falta presentación. ¿Cómo era aquel poema…? ¡Oh, ya lo recuerdo! «*Destino, / ¿qué nombre es el tuyo, / cruel y despiadado, / que te enfrentas, altivo, / a la humanidad*?». Un verdadero placer tenerla entre nosotros. *(Dos besos de cortesía).*

**Pablo.**- ¡Us-usted escribió aquello! Siempre quise conocerla en persona.

Mientras charlan, pasan a un segundo plano. Mario se apoya en la barra y se acerca al camarero.

**Mario.-** Pónganos lo de siempre, y siéntese con nosotros, joven. Nos vendrá muy bien su opinión.

Mario pasa a sentarse junto a Josefina, Pablo y Ernestina. Charlan animadamente mientras el camarero sonríe con dulzura desde la barra mientras prepara los cafés y el whiskey. Josefina agacha la cabeza e indica con la mano a los demás que agachen también sus cabezas para escucharla.

**Josefina.-** Ese zagal es rematadamente nefasto como camarero. Hace dos milenios que le pedí un maldito whiskey y aún no me lo ha traído.

**Ernestina.-** Lo cierto es, querida Josefina, que al “camarero” *(retintín)* se le dan mejor otras labores.

**Josefina.**- *(Tono completamente sarcástico e incluso, ofensivo)* Como no sea Juanito Banana, cultivador de bananas y que sueñe con triunfar en la ópera italiana…

**Pablo.**- Nunca diga algo de lo que se pueda arrepentir. *(Josefina hace que se sorprende con una mueca burlesca)* ¡Mozuelo! Cántenos algo que haya escrito.

**Camarero.-** (*Se acerca con las copas. Las va poniendo sobre la mesa.)* Verá, señor Neruda… hace tiempo que no escribo nada.

**Ernestina.**- ¡Adelante!

**Mario.**- Vamos. Usted y yo sabemos que cada día escribe varios repertorios entre copa y copa. ¡Le aseguro que jamás había visto una rapidez y calidad tan fascinantes como las suyas, Adolfo!

**Camarero.**- *(Se sonroja. Sonríe tímidamente.)* «Cerraron sus ojos / que aún tenía abiertos, / taparon su cara / con un blanco lienzo, / y unos sollozando, / otros en silencio, / de la triste alcoba / todos se salieron. / Despertaba el día, / con sus mil ruidos / despertaba el pueblo. / Ante aquel contraste / de vida y misterio, / de luz y tinieblas… / ¡Dios mío, qué solos / se quedan los muertos! / La noche se entraba, / el sol se había puesto, / perdido en las sombras / yo pensé un momento / ¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos! / ¿Vuelve el polvo al polvo? / ¿Vuela el alma al cielo? / No sé; pero hay algo / que explicar no puedo, / algo que repugna / el dejar tan tristes, / tan solos los muertos…»

**Josefina.**- Sus rimas, —discúlpeme usted—, me suenan igual que Álex Ubago *(tomando un trago de su whiskey).*

**Camarero.**- ¿En quién cree que se inspira? *(Algo ofendido. Josefina lo mira con risa burlona.)*

**Ernestina.**- ¡Vamos a calmarnos!

**Pablo.**- Efectivamente. ¿Cómo anda la situación, Mario?

**Mario.**- Se lo aclararé con una frase: “qué linda época aquella en la que decíamos revolución”.

**Ernestina.**- Todo se andará. Hemos de tener paciencia. Que como dice nuestro amigo *(le toca el hombro a Pablo)* podrán cortar todas las flores, pero jamás pararán la primavera.

**Pablo.**- y como dice usted, toda la primavera duerme en nuestras manos.

**Mario.**- Veremos si comienzan a aplaudir para despertar la primavera, o prefieren el calor del hogar en invierno.

**Ernestina.**- La verdad es que es algo complicado cuando se tiene un hueste al completo cortando todas las flores…

**Adolfo.**- Tengo una idea.

**Ernestina.**- ¡Me encanta su entusiasmo!

**Mario.**- Sorpréndanos, Gustavo.

**Adolfo.**- Podríamos ser las nuevas musas de la revolución.

**Josefina.**- ¿Un hombre amanerado pretende ser la musa de la revolución? ¿Cómo va a conseguirlo? ¿Escribiendo versos de amor para quinceañeros sobrehormonados?

**Adolfo.**- El amor va más allá de todo lo que usted pueda imaginar. ¡Es lo que nos lleva a luchar por la gente a la que queremos, a la que nos negamos en rotundo dejarle tal herencia oscurantista! El amor por la nobleza y la lealtad, por aquellos que odian la vileza y la deshonestidad.

**Ernestina.**- ¡Qué bonito, Adolfo!

**Mario.**- Realmente inspirador… Como dijo usted en su día, quien tiene imaginación, con qué facilidad saca de la nada un mundo…

**Pablo.**- Exactamente, ¿qué propone hacer?

**Josefina.**- Eso me gustaría escuchar a mí. Escribiendo nadie se va a inspirar para rebelarse, y menos en los tiempos que corren.

Pausa dramática.

**Adolfo.**- Las personas cambian, la especie evoluciona o involuciona. Mientras tanto, los abriles siguen pasando. Llega el invierno, se va la primavera, nos acalora el sol de verano y cuando no nos damos cuenta, sobre nuestras sienes ya se han posado las hojas de otoño. Pero hay un agente que siempre, siempre, se repite: el miedo a reflejar las emociones, las inquietudes del día a día. Por eso las canciones tienen tanto éxito, porque el autor expresa lo que muchos no son capaces —o no quieren serlo—. Con todas las situaciones de la vida, o de un colectivo, sucede lo mismo. El terror a que otros se mofen de lo que sentimos, ese pánico que recorre por nuestras venas cuando vamos a contracorriente… El creer que somos únicos para todo e incluso para sentir… Y nos olvidamos de que todos tenemos los mismos cambios químicos en nuestro interior. Todos sentimos alegría ante las buenas noticias, tristeza y empatía ante la desdicha y el dolor tanto nuestro como el ajeno… Y el espanto de gritar cuando creemos que algo infringe las leyes nos lleva al delirio más absoluto. Podríamos hacer de “El gran Muflier” un teatro en el que todos aquellos que tengan una inquietud, de cualquier clase y forma, nos remitan sus obras políticamente incorrectas, anónimas y se representen. Sería un desahogo… y verían que el auditorio ríe, llora y siente, al igual que ellos.

**Ernestina.**- Por lo que puedo observar, es como si fuera una especie de terapia de dramaturgia, ¿me equivoco?

**Adolfo.**- Está en lo cierto, Ernestina. Una terapia de acción individual y reacción colectiva.

**Pablo.**- Me parece excepcional. Podría expandirse por todo el mundo.

**Mario.**- Se comienza por lo básico, se finaliza por lo grande, recuerden. ¿Qué piensa usted, Josefina?

**Josefina.**- He de admitir que el proyecto tiene jugo. Pero… ¿se han parado a pensar cómo hacer que la gente acuda a El Gran Muflier?

**Pablo.**- Tiene toda la razón, Adolfo. Estamos muertos.